



## **Clase Inaugural**

La presente clase ha sido elaborada por Atilio Boron exclusivamente para ser dictada en el Programa Latinoamericano de Educación a Distancia en Ciencias Sociales (PLED), Marzo del 2010.

Av. Corrientes 1543 (C1042AAB),  
Ciudad de Buenos Aires, Argentina  
Informes: (54-11) 5077-8024  
academica-pled@centrocultural.coop

## **“Pensamiento crítico y emancipación social” Lección inaugural**

**Primer Trimestre 2010**

***Atilio A. Boron***

### ***El PLED y el pensamiento crítico***

Damos inicio, con esta clase, a las actividades del PLED en el primer cuatrimestre del año 2010. Para quienes se acercan por primera vez a nuestras aulas virtuales les decimos que este programa, que comenzó en el segundo semestre del 2007, fue concebido con el propósito de contribuir, sin vacilaciones ni eclecticismo alguno, al fortalecimiento del pensamiento crítico en América Latina y el Caribe. Conviene aclarar, para evitar equívocos, que no se trata de un ejercicio meramente intelectual, y mucho menos academicista. Cuando hablamos de pensamiento crítico nos referimos a algo que, definitivamente, no comienza y termina en la torre de marfil de la academia; ese fortalecimiento y ese aliento al pensamiento desafiante, no convencional, tiene por objetivo último ser un insumo para los movimientos sociales y fuerzas populares empeñadas en la lucha por la superación histórica del capitalismo y la construcción de una buena sociedad. Su

público es ese. No menospreciamos el debate al interior de las cuatro paredes de la academia, cuando tal cosa ocurre (pero cada vez con menos frecuencia). Pero estamos convencidos que si algo podrá enriquecer nuestra perspectiva crítica sobre la sociedad actual y sobre el proyecto emancipatorio será el permanente diálogo con los agentes sociales del cambio en esta parte del mundo.

Estamos convencidos de que la gravísima crisis civilizacional en la que se debate el capitalismo como sistema universal (y que pone en cuestión la supervivencia misma de la especie humana) requiere de una toma de conciencia cuyos contenidos no pueden ser aportados por el saber convencional de las ciencias sociales o la filosofía, instaladas, con honrosas excepciones, en eso que Alfonso Sastre llamaba el “buen pensar”, es decir, en el terreno ideológico de las clases dominantes. La capitulación, la resignación o la renegación de buena parte de los intelectuales otrora críticos pero hoy desilusionados -sobre todo en los países desarrollados, pero también en América Latina- se convirtió en un poderoso dispositivo de reforzamiento del capitalismo contemporáneo concebido como la única forma posible de organizar la vida social. La misión primera del pensamiento crítico es, precisamente, desmontar ese dispositivo y demostrar la absoluta necesidad de poner fin al holocausto social y ecológico que ha desencadenado la incesante dinámica de la acumulación capitalista y la necesidad también de construir una forma de sociabilidad superior, que sólo será posible con la negación del capitalismo y no con su pretendida “humanización”, como proponían hace unos años los teóricos de la Tercera Vía.

Decíamos que estamos ante una crisis única, que no tiene precedentes, porque a diferencia de todas las anteriores se potencia con la crisis energética derivada del inexorable agotamiento de los hidrocarburos y los combustibles fósiles; con las calamidades derivadas del cambio climático y la pertinaz agresión al medio ambiente practicada impunemente por las empresas capitalistas; por la crisis alimentaria causada por la perversa transformación de ciertos cultivos (principal, pero no exclusivamente, el maíz y la caña de azúcar) en agrocombustibles destinados a saciar la sed de los tanques de los automóviles y potenciar un modelo de consumo insostenible en función de los recursos naturales de este planeta; por la generalización de la pobreza y la inequidad económica y social entre las naciones y al interior de cada una de ellas; y por el fantasma cada vez más amenazante de la crisis del agua, que ya condena a la quinta parte de la población mundial a sufrir indecibles penurias para asegurarse una mínima cantidad de agua potable.

No sólo el saber convencional de las ciencias sociales se revela insuficiente para dar cuenta de esta realidad y alumbrar un camino de salida a una crisis que no es sólo económica sino fundamentalmente civilizacional. Menos todavía puede ofrecer el “sentido común” imperante en nuestras sociedades, cuidadosamente fabricado -como lo demostrara Noam Chomsky en un estudio pionero- por la industria cultural del capitalismo, completamente dominada por un puñado de grandes oligopolios transnacionales y cuyo objetivo político es extirpar de raíz cualquier idea -o el simple sueño- de construir una sociedad mejor. No sorprende

que, bajo estas condiciones, las ciencias sociales hayan sido cuidadosamente “colonizadas” por la ideología dominante y ofrezcan escasos elementos para repensar críticamente nuestra realidad, fomentando de ese modo actitudes resignadas y fatalistas, todas ellas complacientes con el status quo. Debido a esto las corrientes dominantes en las ciencias sociales y en la filosofía se convirtieron en relatos legitimadores y justificatorios del capitalismo. A tal grado ha llegado esta capitulación ideológica que aquellas disciplinas ni siquiera se atreven a llamar al capitalismo por su nombre. En su lugar hablan de “la economía”, o “los mercados,” como si al no nombrarlo pudieran ocultar su perversa naturaleza. Todo esto ha sido hecho a veces de manera abierta y desembozada, y en otros casos de modo vergonzante. Pero siempre terminaron planteando un discurso complaciente con un tipo histórico de sociedad decadente e insustentable en el largo plazo porque al convertir a los seres humanos y la naturaleza en meras mercancías destruye los fundamentos mismos de la vida en este planeta.

La construcción de una alternativa que nos permita salir de este marasmo requiere de una comprensión acabada de las raíces de esta crisis. Por ello la “batalla de ideas” se constituye como un ámbito de excepcional importancia en esta encrucijada. A fines del siglo diecinueve José Martí decía con extraordinaria clarividencia que “de pensamiento es la guerra que se nos libra; ganémosla a fuerza de pensamiento.” Obviamente que con estas palabras el apóstol de la independencia de Cuba no pretendía disminuir la importancia de “las otras guerras” que también se libraban en contra de su pueblo y que también se librarían contra el resto del Tercer Mundo: las presiones económicas, la agresión y el chantaje imperial y, por último, el enfrentamiento militar eran de sobras conocidos como para pasar desapercibidos para su atenta mirada. Pero Martí insistía en un punto esencial que conviene no perder de vista: que para librar exitosamente estas batallas en tantos frentes diferentes era imprescindible vencer al enemigo en el campo de las ideas. Si en este estratégico terreno no se lograba prevalecer, manteniendo en las clases y capas subalternas y en las naciones oprimidas por el imperialismo la sujeción a las ideas de las clases dominantes, los logros que pudieran registrarse en los otros frentes de lucha serían inevitablemente transitorios y reversibles. Tal como lo plantearía décadas más tarde Antonio Gramsci es esencial poder articular una interpretación contra-hegemónica de la sociedad y su crisis y, simultáneamente, proponer una ruta de escape, una alternativa superadora de las tenazas de la coyuntura. Sin un diagnóstico distinto y alternativo al dominante y sin un proyecto de transformación que permitiera vislumbrar una salida para los desafíos del momento, los intentos emancipatorios de los pueblos podían estrellarse en contra de obstáculos insalvables. La centralidad que, ya en nuestro tiempo, el Comandante Fidel Castro le asigna a la “batalla de ideas” responde precisamente a este tipo de consideraciones.

En todo caso conviene recordar que la idea martiana sintetizaba con elocuencia dos tesis centrales de la tradición marxista. La primera, expresada por Marx y Engels en *La Ideología Alemana*, decía que “las ideas dominantes en una sociedad son las ideas de la clase dominante.” La segunda, enunciada por Lenin,

decía que “sin teoría revolucionaria no hay práctica revolucionaria.” La tesis de Marx y Engels remitía a los varios escritos del joven Marx, y muy especialmente “La cuestión judía”, en los que se examinaban los mecanismos con los cuales la burguesía establecía su supremacía mediante la diseminación de su concepción del mundo (un relato que no sólo decía lo que existía sino también lo que podía existir y lo que de ninguna manera se podía esperar que existiera) entre todas las clases y capas de la población. De este modo su dominio se “espiritualizaba”, devenía en un “sentido común” que penetraba profundamente en la sociedad en su conjunto y hacía que las propias clases subalternas “pensaran y sintieran” con las categorías intelectuales y morales de sus opresores. La cosmovisión de la burguesía adquiría, en palabras de Gramsci, la “solidez de las creencias populares” y, de este modo, su dominio se fortalecía extraordinariamente lo cual permitía relegar a un segundo plano la necesidad de apelar a mecanismos coercitivos los que, por supuesto, estaban siempre prontos a intervenir. Pero la indisputada hegemonía burguesa permitía reducir la necesidad (y los costos) de la aplicación de la violencia a un mínimo.

En el caso de Lenin su tesis subrayaba la importancia fundamental de una buena teoría para una correcta práctica política. Su alegato se dirigía en contra del “espontaneísmo” y la creencia de que el heroísmo de las masas o la abnegación de la militancia podían ser históricamente productivos aún sin el auxilio de una buena teoría, entendiendo por tal una que describiera y explicara la verdadera naturaleza y los fundamentos del orden social capitalista y proporcionara algunas guías para su radical transformación. Una buena teoría, en suma, es más imprescindible que nunca en la sociedad capitalista dada la naturaleza opaca de sus dispositivos de explotación y dominación de clase -visibles y aparentes a simple vista, en cambio, en las formaciones sociales precapitalistas. Sin un diagnóstico certero sobre aquéllos cualquier propuesta de transformación podía caer en el irrealismo que Marx y Engels criticaran en *El Manifiesto Comunista* al referirse a los socialismos utópicos: bellas y nobles propuestas pero inestablemente asentadas sobre falsos diagnósticos los que daban a luz aún más erróneos proyectos de transformación social.

Ahora bien, tal como lo señala en varios de sus escritos Franz Hinkelammert, no todo pensamiento que critica una realidad es pensamiento crítico. Son muchas las críticas que, en el fondo, son compatibles con el sostenimiento de la sociedad burguesa y plenamente absorbibles por esta. En el caso de nuestros países no faltan los cuestionamientos a los estragos del neoliberalismo, pero en la mayoría de los casos estos no reconocen sus fundamentos estructurales y los conciben como accidentes, “errores de política” u otras caracterizaciones semejantes. En realidad, lo que distingue al pensamiento crítico es la perspectiva, el punto de vista desde el cual se formula la crítica: ¿va o no al fondo de la cuestión? Marx decía que ser radical era ir a la raíz de los problemas, y que la raíz de los problemas de una sociedad eran los hombres y mujeres que la componían. Por eso, si una propuesta política no contemplaba poner fin a su alienación y a su explotación las “soluciones” que pudieran urdirse para la cuestión social eran ficticias. Dicho en términos actuales: cuando en las sucesivas Cumbres del G-20 –la más reciente en Pittsburgh-

los gobiernos capitalistas y sus economistas reconocen que el modelo neoliberal debe ser “corregido” imponiendo mínimas restricciones (más retóricas que reales, al menos hasta Marzo del 2010) al libre juego de los mercados para que estos vuelvan a comportarse “razonablemente” lo que en realidad están diciendo es que los fundamentos del capitalismo son en lo esencial sólidos y sensatos y que la solución a la crisis actual no pasa por un cambio de sistema sino por el perfeccionamiento o robustecimiento de las instituciones (como el FMI, el autor intelectual de la mega crisis en que estamos inmersos) y las reglas del juego del capitalismo, depuradas de sus transitorias falencias. En la medida en que el saber convencional, políticamente correcto, de las ciencias sociales comparte este diagnóstico los elementos de crítica que pueda contener se detienen en la mera apariencia de las cosas y no en su esencia. Por eso decimos que allí no hay pensamiento crítico sino un cuestionamiento superficial a las políticas económicas sin tomar en cuenta para nada lo que ocurre con los hombres y mujeres que componen esa sociedad. Cuando algunos politólogos pergeñan ingeniosos dispositivos para “democratizar la democracia” haciendo caso omiso de que ésta no es sino la expresión de la dominación burguesa incurren en el mismo vicio: aportan una crítica parcial, que puede ser interesante, pero que no es pensamiento crítico.

Para Hinkelammert el pensamiento crítico exige adoptar como premisa, punto de vista y objetivo irrenunciable la emancipación humana. Esta supone, por una parte, la humanización de las relaciones entre los hombres y de las relaciones de la humanidad con la naturaleza. En el capitalismo las relaciones entre hombres y mujeres son relaciones mercantiles, dado que unos como otras son considerados como meros portadores de fuerza de trabajo y poseedores de una cierta capacidad de consumo; a su vez, el medio ambiente es concebido como una mercancía más. Los primeros son “recursos humanos”; el segundo un “recurso productivo”, y ambos son “factores de la producción” a los que la lógica de la acumulación capitalista invita a explotar sin otra consideración que la rentabilidad que son capaces de generar. En suma, nos hallamos en presencia de un régimen social profundamente inhumano y enemigo mortal de la naturaleza. El pensamiento crítico, por lo tanto, es inseparable de un compromiso con la emancipación humana y con la preservación de la naturaleza, el irreemplazable hábitat de la especie humana (la “Pachamama”, o la madre tierra de Evo Morales) por vez primera consagrada por la nueva constitución ecuatoriana como sujeto de derecho y garantía para el *Sumak Kawsay*, expresión de la nación quechua que puede ser traducida como “el buen vivir”. Este compromiso exige, inexorablemente, una crítica radical e intransigente al capitalismo habida cuenta de su imposibilidad de resolver el problema de la justicia social y la sustentabilidad ecológica del planeta.

Debido a las consideraciones anteriores es posible afirmar entonces que el marxismo es un componente esencial del pensamiento crítico: sin su análisis de la sociedad capitalista y su disección de los mecanismos a través de los cuales se produce la explotación del hombre por el hombre el pensamiento crítico carecería de sustento real. No obstante, siendo un aporte necesario el marxismo requiere también del concurso de otras perspectivas para construir un pensamiento crítico

suficientemente abarcativo como para responder a los retos que impone el mundo actual. En ese sentido las contribuciones del feminismo radical, del ecologismo y las derivadas de las prácticas de nuevos sujetos sociales constituyen aportes decisivos que deben integrarse con los que se derivan del *corpus* de la tradición marxista.

### ***¿Por qué necesitamos de un pensamiento crítico?***

La situación actual de las ciencias sociales en América Latina caracterizada por la existencia de graves limitaciones de financiamiento en las universidades públicas, una creciente heteronomía en relación a la agenda de investigación, la imposición de un estilo de trabajo pautado por las reglas de la “consultoría” modelada a imagen y semejanza de las consultoras financieras y, finalmente, el predominio de los modelos teóricos y metodológicos creados en los medios académicos del capitalismo desarrollado en función de sus propias necesidades se erigen como obstáculos formidables para la creación y diseminación del pensamiento crítico que requieren las luchas de nuestros pueblos por la emancipación social y la autodeterminación nacional. Este cuadro se agrava ante la necesidad, urgente e impostergable, de contar con una perspectiva crítica que nos permita descifrar los grandes desafíos que plantea la actual coyuntura por la que atraviesa el capitalismo como sistema mundial y, a partir de ese correcto descifrado, construir las alternativas prácticas para enfrentar esos desafíos con éxito. Esta y no otra es la misión fundamental que se ha impuesto el PLED: aportar al esfuerzo colectivo, ya en marcha en numerosos países, tendiente a crear un discurso crítico que se convierta en eficaz arma de lucha contra el capitalismo.

Pero alguien podría preguntar: ¿Qué tiene de especial América Latina para requerir un pensamiento radical? Respuesta: porque uno de los sombríos rasgos distintivos de nuestro continente es el de ser el más desigual del planeta, escenario de una injusticia radical que se agravó bajo la hegemonía del neoliberalismo en el último cuarto de siglo. El África Sub-Sahariana y el Asia meridional tienen pobres aún más indigentes que los nuestros, pero ni por asomo existe en esas latitudes una clase dominante tan rica como la que ofende la visión de nuestros países. Pobres muy pobres en un continente que alberga decenas de “super-millonarios” que anualmente se incorporan a las listas compiladas por las revistas *Forbes* o *Fortune* pero que son prácticamente inexistentes en aquellas otras regiones del Tercer Mundo. Esto es América Latina hay pobres pobrísimo conviven con ricos riquísimos conviviendo. Hace apenas pocos días atrás la prensa mundial informaba que un mexicano, Carlos Slim, pasó a ser considerado el hombre más rico del planeta, dueño de una fortuna de 53.500 millones de dólares, relegando al segundo lugar a Bill Gates, el creador de Microsoft, que sólo posee 53.000 millones de dólares

Ante esta situación nuestra obligación es repensar críticamente nuestra sociedad. Pero repensarla para cambiarla, en consonancia con la conocida exhortación que formulara Marx en la “Tesis Onceava” sobre Feuerbach: “no se trata de interpretar al mundo sino de cambiarlo.” Y cambiarlo explorando los “otros mundos posibles” que nos permitirían dejar atrás a la crisis -“mundos posibles”

negados por la tiranía del pensamiento único que pregonaba que lo que existe es lo único que puede existir- y comunicar los resultados de nuestras indagaciones con un lenguaje llano, sencillo y comprensible a los sujetos sociales que son los genuinos hacedores de nuestra historia.

El pensamiento crítico tiene como punto de partida una especie de juramento hipocrático, similar al que hacen los médicos, que los compromete a luchar sin cuartel por la vida de sus enfermos. Creo que sería bueno que en las ciencias sociales, y sobre todo en la Economía, se exigiera también un juramento hipocrático que obligara a los nuevos profesionales a luchar sin desmayos por el bienestar de nuestras sociedades y la felicidad de nuestros pueblos. Un juramento que debería inspirarse en la definición que Noam Chomsky ofreciera acerca de la misión del intelectual: decir siempre la verdad, por más molesta que ella sea para las clases dominantes y los sectores de poder, y denunciar las mentiras con que ambos encubren su predominio. O en la sentencia de Antonio Gramsci, para quien decir la verdad era siempre revolucionario.

A mí me parece que esto, decir la verdad y denunciar las mentiras, es muy importante si se recuerda el sugestivo deslizamiento producido en el léxico de las ciencias sociales, que convierte a sus practicantes -a veces involuntariamente y en otros casos no tanto- en cómplices de una situación indefendible por su escandalosa inmoralidad. Por ejemplo, en América Latina, para referirse a los gobiernos que hoy prevalecen en la región ya se ha hecho un lugar común caracterizarlos sin más como “democráticos”. Pero, ¿son merecedores de esa tipificación gobiernos que empobrecieron a sus ciudadanos, reconvirtieron sus antiguos derechos (a la salud, la educación, la seguridad social, entre otros) en onerosas mercancías a ser adquiridas en el mercado y que con sus políticas económicas inspiradas en el Consenso de Washington construyeron sociedades más injustas, desiguales e inequitativas? Definitivamente no, si se recuerda que desde los tiempos de Aristóteles, hace ya 2500 años, la democracia fue definida como un gobierno de mayorías en beneficios de los pobres. ¿Responden las mal llamadas “democracias” de la región (con unas pocas honrosas excepciones) a este criterio? De ninguna manera. Por lo tanto, no podemos embellecer a esos gobiernos concediéndoles el calificativo de “democráticos.” Son, siguiendo a Aristóteles, plutocracias u oligarquías de nuevo tipo en donde los máximos beneficiarios de sus políticas son los ricos o, en la jerga actual, los “mercados”, eufemismo para referirse a los primeros sin tener que nombrarlos. Como decía en uno de sus escritos Bertolt Brecht, el capitalismo es un caballero que no desea ser llamado por su nombre. Por lo tanto, en lugar de ser gobiernos del pueblo, por el pueblo y para el pueblo, como quería Abraham Lincoln, lo que tenemos en la región son gobiernos de los mercados, por los mercados y para los mercados. Faltaríamos así a nuestro juramento hipocrático si nos abstuviéramos de someter a una discusión rigurosa los conceptos fundamentales de nuestra disciplina y admitiéramos acríticamente los criterios establecidos por la ideología dominante que nos conducen a considerar como democráticos gobiernos que en realidad no lo son.

Toda esta lamentable confusión en relación al concepto de democracia también se reitera con otros términos, en gran parte debido a las distorsiones semánticas que los técnicos y “expertos” del Banco Mundial, el FMI, la OMC y el BID han venido introduciendo en el lenguaje académico. Por ejemplo, el Banco Mundial cosechó un éxito notable cuando desde la época de los ochentas comenzó a considerar a cuestiones tales como la educación y la salud no ya como derechos ciudadanos, sino como bienes y servicios. Como derechos, aquéllos eran de adjudicación universal; pero al convertirlos en bienes y servicios, la educación y la salud se subordinaron a la legalidad de los mercados y, por lo tanto, deben ser adquiridas en el mercado por quienes puedan hacerlo. La influencia del BM en las ciencias sociales ha hecho que todo un conjunto de otrora derechos ciudadanos como la educación, la salud, la justicia y la seguridad social hayan pasado a ser re-conceptualizados sin más trámite como bienes y servicios sometidos por completo a la lógica mercantil, abriendo paso a su privatización, cuando en América Latina habían sido garantizados en muchos casos durante más de un siglo.

Similarmente, en toda la región la palabra “ciudadano” ha venido cayendo en desuso siendo progresivamente reemplazada por términos supuestamente más precisos como “cliente” o “consumidor”. En este perverso festival de eufemismos, la destrucción del Estado es caracterizada por los publicistas del BM como “reforma del Estado”: reformar el Estado es lo que se hace cuando se lo desmantela, se despide a su personal, se liquidan sus agencias y se destruyen sus bases financieras. En nuestra región, el proceso de acercamiento del nivel del gasto público de buena parte de los países de América Latina al imperante en el África Sub-Sahariana (¡en lugar de aproximarlos al perfil presupuestario que impera en el mundo desarrollado!) es pese a ello pomposamente celebrado como una exitosa “reforma” de la institución estatal. Si antes el gasto público (como indicador del tamaño del estado) ubicaba a nuestra región a mitad de camino entre el África Sub-Sahariana y los países desarrollados, ahora nos hemos ido acercando mucho más a los primeros -no precisamente por solidaridad tercermundista- al paso que nos alejamos raudamente de los segundos, países que adoptan políticas totalmente diferentes a las nuestras, que no creen en el neoliberalismo, el libre mercado o el Consenso de Washington y que siguen sosteniendo y acrecentando el gasto público. Todo lo anterior es retórica para consumo de los nativos; es decir, nosotros, pero nadie las toma seriamente en cuenta en el Norte. Como dijera un atento observador de las políticas neoliberales, nos referimos a John Williamson, “Washington no siempre practica lo que predica.” Agregáramos: no sólo Washington, sino tampoco lo hacen París, Londres, Berlín, Madrid, Roma o Tokio.

Muchas otras palabras también se enfrentan a lo que parecería ser un inexorable crepúsculo: “clase”, por supuesto, es una palabrota en vías de extinción en el léxico de las ciencias sociales convencionales, reemplazada con el término mucho más amorfo y amable de “gente”, palabrita favorita de gran parte de los dirigentes de la adocenada “centro-izquierda latinoamericana”: o, en otros casos, substituida por el concepto -rodeado de impenetrables halos metafísicos- de “multitud”, que tantas esperanzas suscitara en algunas coyunturas críticas

recientes de América Latina. También desapareció la palabra “nación”. Cuando se habla de nuestros países, los sofisticados científicos sociales del Norte y sus lenguaraces locales prefieren llamarnos “mercados”. Nuestros países no son ya más naciones, son mercados. En algunos casos se nos dice incluso con un tono condescendiente que son “mercados emergentes”, fomentando la ilusión de que estaríamos en un claro proceso de emerger, no se sabe hacia dónde, cuando una visión más sobria nos indicaría en cambio que nos estamos sumergiendo cada vez más en el atraso y el subdesarrollo. La palabra “imperialismo” también había desaparecido, reemplazada con otras tales como globalización, “economía global,” etcétera. Ahora por suerte la derecha más radical norteamericana ha dicho desafiantemente “sí, somos un país imperialista, ¿y qué? ¿cuál es el problema?”, con lo cual aún los más timoratos practicantes del saber convencional no han tenido otra opción que comenzar a hablar del tema, una vez que Washington habilitó la discusión dotándola de una legitimidad que no tenía en el pasado entre las mentes colonizadas de nuestro continente. Quien antes hablara del imperialismo era considerado un dinosaurio, un curioso fósil parlante; ahora, gracias a los horrores del imperialismo norteamericano –cuya continuidad bajo el gobierno de Obama lejos de haberse interrumpido se ha potenciado, como lo demuestran el golpe de estado en Honduras, la legitimación de las fraudulentas elecciones convocadas meses después en ese país, las actividades de la Cuarta Flota, la brutal ocupación militar de Haití bajo el pretexto del terremoto, la firma del Tratado entre Uribe y Obama para habilitar siete bases militares para las tropas estadounidenses, entre otras cosas- el asunto ha vuelto a ocupar un lugar destacado en nuestras discusiones.

### ***Recuperar la herencia del pensamiento crítico latinoamericano***

De lo anterior se desprende la importancia y la urgencia de recuperar la gran tradición de pensamiento crítico que supo tener nuestra región. En efecto, América Latina es un continente que ha hecho grandes contribuciones al pensamiento universal. Tal como brillantemente lo argumentara Roberto Fernández Retamar, nuestra condición colonial nos ha obligado a ser “universales” en nuestras preocupaciones y en nuestras miradas. Según muchos observadores del extranjero la nuestra es, de lejos, una de las regiones de mayor creatividad intelectual, cultural, estética, filosófica y musical del mundo. Y en el terreno de las ciencias sociales y las humanidades no hay comparación entre los aportes hechos por América Latina y los de otras regiones del Tercer Mundo. Salvo en el caso muy especial de la India, no existe en Asia una tradición de reflexión filosófico-social importante, mucho menos crítica. Ellos han tenido, y tienen, grandes ingenieros y técnicos, y en ese sentido van a la cabeza de una serie de disciplinas; pero desde el punto de vista del pensamiento social o las humanidades su producción no es muy relevante. El caso africano es un poco más matizado. Se parecen un poco más a nosotros por su fuerte conexión con el mundo europeo, pero se encuentran mucho más golpeados por un proceso de devastación imperialista del cual apenas tenemos una pálida noticia en América Latina porque eso “no es noticia” para quienes manejan la información a escala mundial. Un solo dato: hay países en África en donde la aplicación de las políticas neoliberales ha llegado tan lejos que los restos

del Estado que sobrevivieron a las “reformas” no tienen siquiera condiciones para distribuir, con un mínimo de orden y eficacia, la ayuda alimentaria que les llega para combatir sus periódicas hambrunas. Las formas predominantes de distribución son el tumulto y el saqueo, desencadenados por poblaciones desesperadas por el hambre y por la inoperancia y fenomenal corrupción de un aparato estatal carente de las mínimas condiciones para la administración de la cosa pública. Bajo esas condiciones, la posibilidad de desarrollar un pensamiento crítico se torna muy problemática, sobre todo si se tiene en cuenta que la diáspora africana, especialmente de los grupos que accedieron a la educación superior, ha sido mucho más masiva que la latinoamericana.

En consecuencia, América Latina es depositaria de una responsabilidad muy especial en el marco del Tercer Mundo. Nuestros países produjeron en el pasado contribuciones teóricas de enorme significación, más allá de las críticas que hoy pudieran formularseles. Tomemos el caso del desarrollismo. La aportación realizada por economistas como Raúl Prebisch, Celso Furtado, Aníbal Pinto, María Conceição Tavares y tantos otros fue original y fecunda, y no deja de ser lamentable el abandono efectuado por la propia CEPAL de esta valiosa tradición intelectual. Esta institución, que en los ‘50 se había convertido en uno de los principales baluartes de una reinterpretación crítica de las teorías económicas procedentes de Estados Unidos y Europa, ahora se conforma con jugar, manteniendo un cierto recato, el triste papel de divulgadora de las banalidades conservadoras de la ciencia económica oficial y el Consenso de Washington.

Pero los aportes latinoamericanos no se limitan al campo de la Economía. En el terreno de la Filosofía este continente ha dado a luz a la Teología de la Liberación, tan combatida por la derecha internacional, y entre otros por los dos últimos pontífices de la Iglesia Católica. La Teología de la Liberación es considerada, en las principales universidades del mundo desarrollado, como una de las aportaciones más importantes a los debates filosóficos de la segunda mitad del Siglo XX. Conviene preguntarse si la tomamos igualmente en cuenta en nuestras universidades. Creo que no. América Latina también revolucionó el pensamiento educacional con la pedagogía del oprimido, desarrollada por el educador brasileño Paulo Freire. Y le cabe a Milton Santos, gran geógrafo brasileño también él, el mérito de haber replanteado radicalmente la visión predominante sobre la geografía en el terreno internacional. América Latina produjo también el resurgimiento de la discusión sobre la problemática del Estado que los eruditos politólogos norteamericanos y europeos, de la mano de David Easton, habían desterrado de la academia a mediados de los años cincuenta. Lo mismo cabe decir del papel que nuestros intelectuales críticos desempeñaron en reflatar la discusión sobre el imperialismo y la dependencia, acallada ante el auge de las teorías de la modernización y el pensamiento económico ortodoxo.

En consecuencia, no debemos ahorrar esfuerzo alguno en nuestro empeño por recuperar una tradición de pensamiento tan crítica como la que América Latina alumbró en la segunda mitad del siglo veinte, y que tiene ilustres antecedentes cuya

sola enumeración insumiría el resto de esta clase. Pensemos simplemente en la importancia de los aportes de José Martí; José Carlos Mariátegui; Víctor Raúl Haya de la Torre –el de su mejor período, no el de su crepuscular capitulación; José Vasconcelos; José Enrique Rodó; Aníbal Ponce, Julio Antonio Mella. Insisto, entre otros notables a los que, en épocas más cercanas, habría que agregar las contribuciones de Ernesto Guevara y Fidel Castro Ruz. Sería imperdonable condenar esa rica tradición al olvido y marearnos con eso que tan acertadamente condenaba Platón: el “afán de novedades”, enemigo mortal del conocimiento verdadero. No se trata pues tan sólo de volver al pasado y releer los viejos textos como si fueran piezas de un museo arqueológico. Se trata de recuperar sus trascendentales interrogantes más que sus comprobaciones puntuales, y proyectar todo este aparato teórico como fuente de inspiración para una renovada interpretación del presente y contribuir a la creación de nuevas síntesis teóricas.

En América Latina tenemos, además, una responsabilidad adicional ante los pueblos del Tercer Mundo. Al ser el patio trasero de Estados Unidos, el área geográfica contigua de la nueva Roma americana, nos encontramos ante una situación paradójica. Por una parte, esta posición nos convierte en víctimas inmediatas de sus insaciables apetitos imperialistas y precipita la resistencia a sus políticas. Conviene recordar que la nuestra es la única región del mundo en donde la globalización neoliberal y el imperialismo han tropezado con grandes movilizaciones populares que pusieron coto a sus pillajes. Allí están, para demostrarlo, los ejemplos de Cuba, Venezuela, Bolivia, Ecuador y, en menor medida, algunos otros países. Pero por la otra, esta inserción práctica en la estructura imperialista nos permite disponer de un horizonte de visibilidad que nos habilita a pensar, estudiar e interpretar la realidad del imperialismo desde una perspectiva mucho más rica que la que podríamos construir desde África o Asia, o mismo desde Europa. Como producto de nuestra propia sujeción casi sin mediaciones al dominio imperial, como el lugar donde este se confronta de manera más recia e inmediata con sus adversarios, estamos en condiciones de analizar este fenómeno en mejores circunstancias que en cualquier otra parte del mundo, donde los influjos del imperialismo aparecen más mediatizados y entremezclados. Así como Marx en su momento se instaló en Inglaterra, corazón del capitalismo industrial de su época, porque era ese el lugar en donde las contradicciones propias de ese modo de producción se desenvolvían y se percibían con mayor claridad, uno podría decir que es en América Latina donde las contradicciones del sistema imperialista mundial se observan con mayor nitidez y claridad. Y por lo tanto es nuestra obligación, a partir de esa posibilidad, elaborar esquemas de interpretación que puedan ser de utilidad en las luchas emancipatorias de otros pueblos. No sólo para conocer mejor al imperialismo sino, principalmente, para derrotarlo cuanto antes.

Esto es todo por hoy. Creo que he sido claro en explicar las razones por las cuales el PLED siente que su misión fundamental es fortalecer el pensamiento crítico. Desde ya, cualquier comentario o crítica que quieran formular a mis planteamientos será muy bien recibido. Ya en el curso de la próxima semana comenzarán las clases de cada una de las materias específicas que se ofrecen en

este primer trimestre del año. Les recomiendo que las lean cuidadosamente; que no duden un instante en consultar cualquier duda con sus tutores o tutoras; que se mantengan al día en la lectura de la bibliografía de apoyo; y que participen activamente en el foro de discusión. Recuerden que su protagonismo en este ámbito es un insumo importante en la elaboración de la calificación final. Y que estos cursos, al estar titulados por la Universidad Nacional de Río Cuarto, de la Argentina, y reconocidos por el Posgrado en Estudios Latinoamericanos de la UNAM, en México, pueden ser fácilmente acreditables en cualquier programa de maestría o doctorado de América Latina.

Nada más por ahora. ¡Buen trabajo!

®De los autores

Todos los derechos reservados.

Esta publicación puede ser reproducida gráficamente hasta 1.000 palabras, citando la fuente. No puede ser reproducida, ni en todo, ni en parte, registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, por fotocopiadora o cualquier otro, sin permiso previo escrito de la editorial y/o autor, autores, derechohabientes, según el caso.

Edición electrónica para Campus Virtual CCC: Pablo Balcedo / Mariano Travella